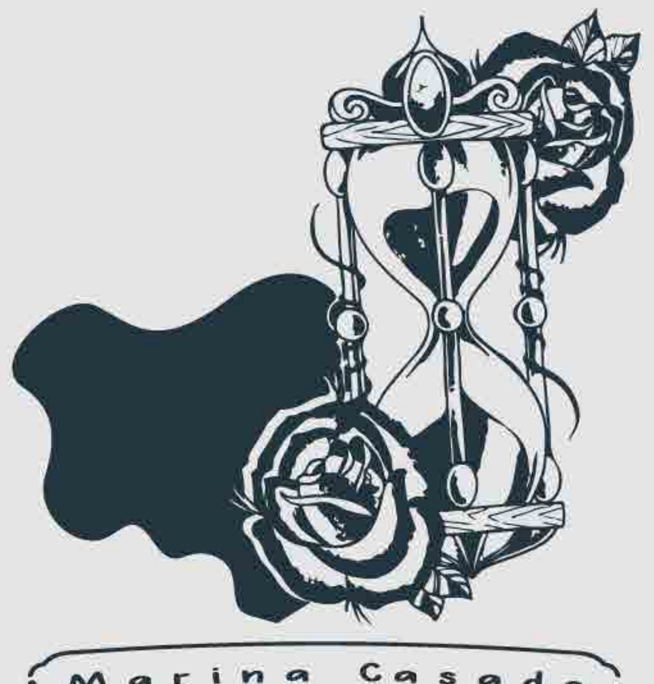
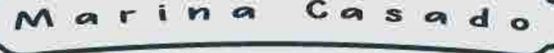








A LA SOMBRA DEL TIEMPO MARINA CASADO

Marina casado

A la sombra del tiempo



Colección
Lima Lee




MARINA
CASADO

Marina Casado

Madrid, España, 1989.

Escritora, periodista cultural y profesora. Se doctoró en Literatura Española por la Universidad Complutense de Madrid con una tesis sobre la obra de Rafael Alberti. Ha publicado tres poemarios: *Los despertares* (Ediciones de la Torre, 2014), *Mi nombre de agua* (Ediciones de la Torre, 2016) y *De las horas sin sol* (Huerga y Fierro, 2019). Es también autora de dos ensayos: *El barco de cristal. Referencias literarias en el pop-rock* (Líneas Paralelas, 2014) y *La nostalgia inseparable de Rafael Alberti. Oscuridad y exilio íntimo en su obra* (Ediciones de la Torre, 2017). Formó en Madrid el grupo poético Los Bardos y coordinó su primera antología: *De viva voz* (Ediciones de la Torre, 2018). Su obra narrativa y poética ha merecido algunos galardones, entre ellos el Premio de Relato Cadena SER, el de la Universidad Carlos III de Madrid y el II Premio de Poesía Joven del Ayuntamiento de Madrid. Ha sido finalista en dos ocasiones del Premio Adonáis de Poesía. Colabora en el diario *El País*.

A la sombra del tiempo

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poéica para las ediciones de la colección del Programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

A LA SOMBRA DEL TIEMPO

(Antología 2014-2020)

Solo sabemos invocar como niños al frío
Por miedo de irnos solos a la sombra del tiempo.

Luis Cernuda

Últimamente

Sí, no hay mirada más profunda ni más triste.

Dámaso Alonso

Últimamente, cada vez que me duermo sueño con
muertos.
Los hay de todas las edades, de todas las sonrisas;
a algunos incluso los conozco —al menos en los
sueños—.
No tienen la mirada vacía,
pero sí esa indescifrable mueca de angustia,
de frío en los huesos sin nombre.
Me buscan con tristeza,
parece que me miran
o que esperan a alguien que está detrás de mí.
Algunos hablan. Hablan con voz lejana,
con un susurro que se esconde en la tierra, de tan
levísimo,
que emerge del sepulcro invisible
que los abraza.

Caminan con nosotros, cuentan estrellas que aterrizan
sobre la fría superficie de la luna,
la luna que revela su condición de muertos frágiles,
de muertos temerosos, derrumbados, caídos,
silenciosos,
tristes, amargos,
lejanísimos…

(Del poemario *Los despertares*, 2014)

Alicia fragmentada

«¿Habré cambiado durante la noche? Vamos a ver: ¿era yo la misma al levantarme esta mañana? Casi creo recordar que me sentía un poco distinta. Pero si no soy la misma, la pregunta siguiente es: ¿quién diablos soy? ¡Ah, ese es el gran enigma!».

Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas.*

Alicia ya no es rubia
si no se posa el sol en sus cabellos.
La bruma castaña de sus ondas parece triste
en los días tristes, desvanecida
entre las otras muchas brumas castañas
de la estación de metro, línea 3.
Alicia busca desesperadamente
los flashes sin escrúpulos de las fotografías
para sustituir el sol por sus taladros cegadores
y recrear aquel ámbar dulzón
de los tiempos pasados en sus cabellos.
Después mira las fotos un instante

y siempre se sonríe —con su boquita triste
de piñón y carmín— y dice que es Alicia.
Que a pesar de todas las muertes es Alicia.

Alicia nunca deja de afirmar que es Alicia.
Tal vez aún recuerde aquel tétrico bosque
poblado de parlantes cervatillos
donde un día sin tiempo se olvidó de su nombre.
Hay quien dice que desde el día aquel,
Alicia ya no era tan Alicia, que progresivamente
fue dejando de serlo.

Pero Alicia es Alicia porque tiene su nombre.
Porque tiene los flashes de las fotografías
y los caprichos tontos de niña encantadora,
descalza sobre los jardines de asfalto de la ciudad.

No contempla las fotos
nada más que un instante.
Tiene miedo de ver sus ojos rojos
envenenados por el flash,
por sus taladros cegadores despuntados de sangre.
Alicia ya no es rubia sin esos ojos encarnados.
Ella insiste en que un naipe confundió sus pupilas
con una rosa blanca

y equivocadamente las tiñó de carmín
—¿pasaría lo mismo con su boquita triste?
Y huye por los bosques sin árboles, sin flores,
de la ciudad insomne; huye descalza y sonriente,
caprichosa, inconstante, borrando soledades
a golpes de planeta; accesible y dispersa,
corriendo siempre para que no se cumpla
su eterno primer miedo:
desembocar en el Espejo.

(Del poemario *Los despertares*, 2014)

La sonrisa de Cheshire

—¿Cómo sabes que estoy loca? —dijo Alicia.
—Tienes que estarlo —dijo el Gato– o no habrías acudido aquí.

(Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*)

Alicia loca,
fragmentada
y descalza
se pierde sola por la ciudad.
Las luces de neón le envían guiños silenciosos
desde escépticos edificios que han perdido su nombre,
amenazando con contar a los Tres Reyes Magos

que ella no es Alicia.

Alicia entonces tiembla, porque el invierno es frío
y el reloj es muy grande,
y las luces tan blancas
y los semáforos tan tristes
la están desvaneciendo por momentos.

Íntimamente descarnada, se pone los tacones
—que saca de la noche sin fondo de su bolso—
y sigue caminando muy deprisa para volver a casa
antes de que el amanecer despunte
y le repita aquella eterna y sola pesadilla:

que ella no es Alicia.

Una risa imposible sacude las paredes de la noche.
Alicia se estremece
y piensa que tal vez ha regresado sin saberlo a su País
y que por eso está tan sola.
De pronto no recuerda ya su punto de partida:
se detiene en el límite de una ancha rotonda
por la que ya han dejado de pasar
los automóviles.

Y espera.

Alicia tiene entonces el cabello
desesperadamente oscuro
y los ojos llorosos, saltarines:
dos ojos de museo en sus mundos sin lluvia.
—¿Será verdad entonces
que yo no soy Alicia? —se pregunta en voz alta

frente al telón inmóvil de la madrugada.
Una risa burlona resuena irremediablemente
en el rincón más hondo de su cabeza.
La sonrisa en el cielo
se perfila y responde, a través del silencio:

«Todos estamos locos».

(Del poemario *Los despertares*, 2014)

Dos jinetes

There must be some kind of way outta here

Bob Dylan

Ciudades mareadas,
carreteras besando los neumáticos
igual que amantes desleales
esparcidos bajo la sombra.
La noche siembra luces como pájaros muertos
o brillantes cadáveres que perfuman de euforia
nuestra caduca juventud.

Veo edificios largos de penas sucesivas,
rascacielos afónicos
que enjuagan el sudor de estrellas
de la ciudad
y multitudes diminutas
naufragando en historias anónimas
por detrás de millares de ventanas.

Y escucho a Dylan preguntarse
si existe alguna forma de escaparnos de aquí.

Juegas a no mirarme y enfilas la autopista
mientras mi llanto arroja las farolas
en un caleidoscopio.
Somos la fauna descarnada de ciudad,
las huecas muchedumbres
emigrando sin rumbo, como huestes cansadas
y excesivas, hacia la tierra de la madrugada.

(Del poemario *Mi nombre de agua*, 2016)

Nueva Orleans

Recuerdo cuando fuimos inmortales.
La luz de media tarde
desparramaba sus cabellos de oro
sobre el sofá.
La vecina del cuarto, aquella niña llamada Mara,
canturreaba una canción de plastilina
en los oídos de las hadas
que nunca se atrevieron a buscarnos.
Mara tenía la mirada bovina
y una ancha sonrisa confiada y patética
colgando con lustrosa placidez de las mejillas.
Alguien hablaba de Nueva Orleans.
Yo imaginaba las trompetas conviviendo
con las luces rojizas de los bares,
sombreros desgastados, calles amargas
perfiladas de risas en el anochecer.

Han pasado los años.
Ahora nadie conocerá jamás Nueva Orleans,
herida por aquel huracán
de principios de siglo.

Dicen que la trompeta de Louis Armstrong
apareció semienterrada en la mandíbula de un río,
que los últimos muertos se reunieron al caer la tarde
para manchar sus voces negras con la sangre del jazz.
Yo no los pude ver, pero sentí una luz de acetileno
naufragando en mis labios.

Recuerdo cuando fuimos inmortales:
Mara, Nueva Orleans y yo.
Corría el año 1995.
Me han contado que Mara se hizo *boy-scout*
y dejó de cantar para las hadas inexistentes.
Imagino sus ojos de cordero enlutado
contemplando la luna,
la misma luna que en Nueva Orleans
salpicaba las calles amargas de los negros
en el tiempo en que todos éramos inmortales.

(Del poemario *Mi nombre de agua*, 2016)

Ícaro

Yo era...
Miradme.
Vestido como en el mundo,
ya no se me ven las alas.

(Rafael Alberti)

La playa nos convierte a todos en ángeles perdidos,
pero al anochecer la ciudad nos devora
y vamos a morir al mar como ríos callados,
a dejarnos mecer entre su espuma,
a levantar las alas bajo sus olas caprichosas,
porque nadar es recordar aquellos tiempos en que
volábamos.
Y es que un día con niebla de algún tiempo infinito
—debía de ser otoño— también podíamos
comprender a los pájaros.

Algo pinchó la nube, alguien rasgó las alas,
las colinas ardieron y el sol rodó sobre el océano

como una bola inmensa de tragedia.
Entonces descendimos.
Nos recibían rascacielos,
rostros difuminados, trajes grises, recuerdos.
Traficantes de azules
disparaban a quemarropa
sobre el plumón ensangrentado de mis alas,
convenciéndome así
de que bajamos de los cielos con fecha de caducidad,
de que el único juez es el tiempo que expira.

Y aquí estoy, descendida,
desconcertada entre las luces solas de la ciudad,
los automóviles y los inviernos, esperando otra vez
algún amanecer del sur que me devuelva a aquella playa
donde poder brillar unos instantes lánguidos
como otro ángel extraviado.

(Del poemario *Mi nombre de agua*, 2016)

Museo del Prado

Por los pasillos ciegos, en sepulcros del aire,
pasean libremente los fantasmas:
Tiepolo y Miguel Ángel, Botticelli,
las manos que se escapan de la tierra,
como alzando su vuelo hacia otras dimensiones,
nacidas de los ojos deformados de El Greco.
Entre la carne rubia de las musas de Rubens
—temblor en vez de sangre, ataraxia lasciva—
y el inframundo que arrancaron
de las paredes muertas
de la Quinta del Sordo:
es allí donde se reúnen mis recuerdos.

(Años treinta, ¡salud!, el Museo resiste:
Alberti envenenado de azules Tintoretto
ausculta en ecos olvidados las paredes del viento
entre la bomba y la metralla, bajo los tristes estertores
que pisan con sus botas militares, con sus sucias
insignias,
el pecho ensangrentado de Madrid.
Los milicianos desembarcan en camiones

para salvar las criaturas demoníacas de El Bosco
de un infierno real. Los templos y columnas
de Veronés, bajo las mantas. ¡Salud!)

Fuera un viejo pintor desconocido
ha teñido de oro las copas de los árboles
y el cielo de ceniza, en *sfumato*,
mezcla todos los grises en un lienzo
de realidad incoherente.
El presente es también una ciudad de humo.

Junto al muro de piedra chorreante de siglos,
tu aliento en mi nariz y una mirada
que asesina los fondos nebulosos de Watteu.

En el lugar exacto de este beso
Cernuda y Aleixandre
se sonrieron
y el otoño caía ágil sobre la sombra
de sus abrigos grises.
Era 1927, tras un paseo sencillo
viendo morir las hojas del Retiro,
como murió después esa amistad
que hoy se conserva inmóvil
en la fotografía.

La eternidad tiene un aroma a óleo inmaculado.

En el Museo del Prado,
la noche que desciende
como un cuervo estentóreo
de alas polvorientas de luceros
sobre el invierno de Madrid.
El frío que devora las primeras estrellas.
Velázquez en su trono, eterno vigilante,
nos ignora.

Inmóvil como un óleo, en mi memoria,
nuestro beso.

(Publicado en la antología *Madrid en trazo y verso*,
2016)

Esta fiesta por la que todos nos movemos

I. Eros

La locura tiene pestañas de caballo
y mañana se cumplen dos milenios y un día
desde que yo no juego al ajedrez.
Ahora nos sentamos brevemente,
removemos la taza de café
aguardando las sombras de los primeros invitados.

(He aquí mi SECRETO:
                                        Siempre quise un piano
y una canción interpretada en el piano
—y no importaba cuál si era para mí—,
un amor que se despertara igual que Lázaro,
que me mirase con sus ojos cuajados de diciembres
y me dijera: «Te he esperado. He besado
todas las golondrinas de mi balcón
hasta encontrar aquellas que viajaban
con nuestras iniciales en el pico».
Casablanca me arrebató el final feliz

de las historias. El amor no existía
sin la mirada gris de Humphrey
al borde de una despedida.)

Y ahora nos sentamos brevemente
mientras los barrenderos recogen las estrellas
al despuntar el alba. He visto cunas de luceros
en los contenedores y zapatos sangrientos
que soñaron con la azulada tez de Cenicienta
antes de amanecer resquebrajados.

(Eran nuevas las aves que llevaban tu nombre:
«El verdadero amor no resucita y hay un piano solitario
que espera para componerte una canción cuando
aparezcas».)

La locura suspira apaciguada entre tus manos:
somos el blanco fácil de las fotografías
en esta fiesta por la que todos nos movemos.
Somos el ronroneo de la Historia pulsando sus acordes.
Pero aquí, en nuestro espacio
breve como una taza de café;
aquí, las golondrinas no se marchan,
Rick se sube al avión
y los finales amenazan con autodestruirse

dentro de esta canción tan mía y tan inabarcable
que llamas con un nombre muy pequeño:

AMOR.

II. Tánatos

When the music's over
turn off the lights

Jim Morrison

Alguien tenía que apagar las luces
cuando la música se acaba. No la culpes.
Ella es alta y es triste y espera en los portales más
etéreos.
Y te resistes a llamarla con ese nombre tan pequeño
mientras busco una explicación equivalente,
lejana a la dialéctica. Y tú:
deceso. Final de la cadena trófica. Punto de vista
termodinámico.
Te prohíbo que me desgarres
con tus verdades neurológicas:
Bergman nos dijo que LA MUERTE lleva capucha
y juega al ajedrez,
baila por los caminos empolvados,
baila por los desagües,
y si bailas con ella

la fiesta no termina.
AHORA.

(Hay un silencio indómito poblando las aceras de mis
ojos.
AHORA es el preciso instante en que deserto
de los claros refugios hollywoodienses.
Pero marcharse solo alcanza su sentido
si después alguien te convence
de regresar.)

ANTES.
Escuchaba una música con alas de tormenta
llenando los salones del invierno.
Mi padre nunca supo jugar al ajedrez.
ANTES las mariposas parecían desagües
por los que atardecer en infancias pluviales.
Pero aquel baile desterró
todas las mariposas.

Requiem aeternam dona eis, Domine.

(Silencio.)

No me culpes, comprende
que en mi mundo de hadas
el rumor de la caracola
sigue anunciando el MAR.

(Publicado en *De viva voz. Antología del Grupo Poético Los Bardos*, 2018)

Nocturno

Y este insano deseo de escapar
con una daga anclada en las costillas,
y este rumor vacío de calaveras a contraluz
que me invade mientras la noche afila mis heridas,
cuando cerrar los ojos ha de ser un viaje
a las llanuras huérfanas de tiempo
donde un día vivimos, dimos la mano al sol,
respiramos con los pulmones de par en par,
soñamos.

A las doce, la carroza imposible
volverá a transformarse en una calabaza.
Y yo tendré que regresar a mi sarcófago
mientras la vida gira en remolinos multiformes
y chorrea infinitos que no me pertenecen.

La madrugada impone su habitual psicosis
aterciopelada.
Mañana volveremos a simular que despertamos.

(Del poemario *De las horas sin sol*, 2019)

Continuidad

Si el amor fuera un ala

Luis Cernuda

Una ciudad perdida al fondo de sus labios.
La solidez casual de alguna nube.
El futuro desintegrándose a grandes bocanadas,
vistiéndose de humo.
Algo cambió
y ahora
las cosas se detienen,
se miran un instante,
palidecen, respiran,
calibran lentamente su nueva posición.
Después el universo
continúa girando
sumido en su disfraz de indiferencia.
Es así, tan sencillo.

La soledad no encuentra el peso suficiente
para inmovilizar un infinito.

(Del poemario *De las horas sin sol*, 2019)

En la ciudad del viento

Los barcos
        las gaviotas
                el olor a pescado fugitivo
los cuatrocientos marineros incorpóreos
        exudando vapores de poniente.

(Bésame, amor, por las calles del frío;
por estas escaleras en las que nos dejamos
los harapos del alma. Bésame con estambres
que despedacen las desilusiones.
Bésame más allá del calendario.)

Los gatos embrujados
                        el viento
las alcobas
        Las previsiones nos anuncian
        que mañana
        tampoco alcanzaremos veinte grados.

(Búscame, amor, por dentro de mis ojos,
donde llevo tres muertes engarzadas

—una constante como un desierto inmóvil—.
Para cuando me encuentres, el río que miramos
habrá desorientado todos nuestros caminos.)

Otra vez los billetes
        el tranvía imposible
        colgado de una esquina de la tarde
La luna
        La luna igual que un mundo
        La luna en tus pupilas
        a una distancia quieta
        de dos milímetros y medio.

(Suéñame, amor, si algún día te marchas,
bailando por las calles amarillas,
pensando que nos quedan más vidas que trazar,
aferrada a tus labios
en la ciudad del viento.)

(Del poemario *De las horas sin sol*, 2019)

Western, domingo

Descendemos por el domingo
pausadamente,
bajo una vaga melancolía de acordeón,
con la sospecha quieta que rodea a una nube
en el cielo aún celeste de septiembre.
Tormenta presentida,
frontera temblorosa de alfileres;
domingo, en suma.

Vendrá después la lluvia
con sus bailes erráticos,
los rebaños de máscaras en un vagón,
el frenesí que arrasa la nostalgia.
Y tu sonrisa en un recuerdo
me alejará del frío.

Aquí las horas son una transición
que se resuelve
en la mirada de John Wayne
con un desierto bajo el brazo.
Lentas, como un mugido;

encharcadas
igual que un brillo de astros derribados.

Bailo también el tiempo y me pregunto
por la asfixiante inmensidad
de las conjugaciones en pretérito,
por sus pies paquidermos
abatiendo las luces,
llenándonos.

El verano que expira
es como un gran domingo decadente
y viscoso.
Tengo los ojos llorosos de pretéritos.
Tengo todos los sueños conspirados
para perder la fe en la realidad.
La vida se disfraza de domingo
con las alas cerradas.

Y tu sonrisa en un recuerdo
ensilla los caballos de la noche.

(Del poemario *De las horas sin sol*, 2019)

Todas las lluvias que pasé contigo

Cada ciudad escoge una estación para quedarse.
Madrid siempre despierta el ave del otoño en mi
recuerdo
y ese crujiente resplandor de la melancolía.
Cuando llueve sin prisa, el aire se sacude
revoluciones de hojas secas, torbellinos de polvo,
unas pupilas fieras debajo de un paraguas,
un charco en el que el cielo
se inmiscuye con pasos sinuosos de pantera.

En la primera lluvia aprendí que mi llanto
se colorea de diamantes dentro de tus mejillas
y que las casas que olvidamos
regresan algún día para despedirnos.
Una lluvia más tarde, me enseñaste
que el nombre de Madrid
lleva escondido el mar encima de las nubes,
que todas las tormentas
son tempestades si aprendemos a mirarlas
con los ojos humedecidos de gaviotas.
Los nombres de ciudades son como las farolas:

cuchillos en la niebla, faros de la memoria,
sortilegios en los que el tiempo desfallece.

Pasé tantos otoños de tu mano, acostumbrada a despeinar
el baile de las hojas bajo las alamedas del Retiro,
a dibujar monstruos marinos en los nimbos
y a escapar de sus fauces *como espadas o rígidas hogueras.*
Llovió tanto en Madrid aquellos años
en los que nuestras vidas agitaban banderas de domingo,
en los que todavía llegabas a salvarme.
En la última lluvia,
el viento te incendiaba los bosques de los ojos.
Intenté capturar el oleaje,
perderme en un instante bajo el cielo
y que la muerte se olvidara de verte descender.
Pero el otoño había terminado y las gaviotas, exiliadas,
buscarían otras tormentas por despertar naufragios
en ciudades sin nombre o en recuerdos sin mar.

Y la última lluvia ya no fue más que eso.

Cada ciudad escoge un corazón para llorarlo.
Ahora sueño barcos en los atardeceres
y allí, tras mi ventana, un secreto temblor imperceptible
enquista tempestades desde las que sonríes
y me dices que has vuelto
a tiempo de salvarme
y que en el nombre de Madrid
viven todas las lluvias
que atravesé contigo.

(Del poemario *De las horas sin sol*, 2019)

Aves migratorias

Estoy queriendo tanto
a una estación desvanecida
que tengo miedo de extinguirme,
miedo de deshacerme como las golondrinas
que en las tardes recónditas de octubre
deshabitan aldeas.

Es necesaria ahora esta nostalgia;
ahora que han arrancado la flor de la costumbre
y en las salas oscuras del corazón
estallan las primeras
revoluciones.

El verano cabría también en una lágrima.

(Publicado en la revista *El coloquio de los perros*, 2019)

Formulación de hipótesis

Otra vez un poema de amores imposibles. Qué agotamiento de verbos conjugados en modo subjuntivo, condicionales densos, patrias visibles solo desde la desmemoria. Sin embargo, tus ojos tienen el nombre familiar de lo desconocido. Creo que te querría por la forma tenaz de tu cabello, por el susurro oscuro de sus olas. *Creo que te querría por tu forma*. Nunca te he contemplado a medianoche y cada atardecer proyecta besos deshechos de horizonte, mundos finitos en los que tú paseas y vuelves del mercado, montas en bicicleta, conversas con las nubes, protagonista, en fin, de una vida sin baches, sin proyectos baldíos, en la que tú eres tú sin más ambigüedades y te espío y planeo futuros inconcretos en los que yo paseo y vuelvo del mercado al lado de tu cuerpo, como una sombra azul con la que comenzaste a conversar una mañana, como una nube fútil a la que falta un verso para llegar a ser aquel poema que nadie, salvo yo, te escribiría.

(Inédito, 2019)

Caminamos sonámbulos

¿No sentís a los muertos?
Mas la tierra está sorda.

Luis Cernuda

Caminamos sonámbulos sobre este cementerio.
Alguien, un padre o un abuelo, nos habló de la guerra:
1936, los refugios improvisados en el metro,
el hambre a dentelladas y los muertos,
los muertos que se olvidan bajo las cunetas,
los huesos que están solos y que aúllan
cuando se pone el sol en la conciencia.

La guerra, en la distancia, se va haciendo pequeña.
Los recuerdos se ahogan en las fotografías
y se deshacen.
Pero gritan los huesos, gritan los muertos,
esos muertos sin nombre
que dejaron llorando en las cunetas
con hambre de memoria, con la sangre y el miedo

brotando a borbotones
para que no los olvidemos.

(Publicado en la revista *Excodra*, 2020)

Veo edificios largos de penas sucesivas,
rascacielos afónicos
que enjuagan el sudor de estrellas
de la ciudad
y multitudes diminutas
naufragando en historias anónimas
por detrás de millares de ventanas.



Colección
Lima Lee

